

POR LUIS LOPEZ DE MESA

Este libro es, señor lector, el mensaje, testamentario de un hombre honrado, inteligente y erudito.

El doctor Eduardo Putnam pertenece a la promoción universitaria de Colombia bautizada felizmente por Luis Eduardo Nieto Caballero con el título de "Generación del Centenario", con el doble motivo de haber iniciado sus labores públicas alrededor de 1910, y de haber demostrado durante cuarenta años de impecable devoción a la libertad, a la serenidad y a la justicia el abolengo espiritual de su patriotismo. Generación que ahora baja lentamente al sepulcro con la pesadumbre de verse substituída por otras que reniégan de su obra y la maldicen, sin enmendarla en un punto ni honrarla con retributiva superación filial.

El caso es ilustrativo en achaques de sociología: La generación de la Independencia hizo de Colombia una potencia libertadora en el continente; la generación de 1870 la hizo potencia cultural en el ambiente iberoamericano, y la generación de 1910 la subió a la cumbre de potencia moral en que vivía bienfamada hace un lustro. Mas por esa oscura ley heráclito-hegeliana de la contradicción dialéctica, del seno mismo de aquellas generaciones surgieron los gérmenes negativos que les frustraron su obra y aún las mutilaron para todo engendramiento futuro. Sin duda el autor de este libro sintió en carne viva, como todos sus coetáneos, el golpe alevé de la adversidad, y quiera, también como ellos, no huir el campo a hurtadillas. Su mensaje de idealismo me dice que él —a la par de muchos otros que andan por ahí desheredados de sus legítimas ilusiones primiciales— no se resigna a que su generación sea llevada en parihuela al cementerio y sepultada de incógnito, sin deslindar, un poco a lo menos, responsabilidades, honores y culpas.

No significa esta actitud juicio alguno denigrativo de las nuevas generaciones: en ellas militan varones de eximia prestancia moral e intelectual, y aún egregios en sus labores públicas hasta merecer tempranamente la veneración sincera de sus conciudadanos. Mas son individualidades un tanto dispersas que no constituyen el estilo uniforme de una generación espiritual, en tanto que los "centenaristas" conformaron lo que pudiera denominarse una "morfosis" cultural completa, con sello propio en lo social, lo literario y lo político, y representación en todos los órdenes de la cultura: gobernantes, educadores, teólogos, filósofos, sociólogos, jurisconsultos, médicos, biólogos y naturalistas en general, ingenieros y matemáticos, novelistas, oradores, poetas y dramaturgos, músicos, pintores, etc., inclusive un arquetipo de mujer que corresponde a su modalidad, o estilo autónomo, si se quiere, sin que esta enumeración pretenda calificar la altura a que llegaron en cada una de esas actividades del espíritu.

Generación en cierto modo huérfana, por emanar de la catástrofe pública a que había llegado la de sus padres con la guerra civil de 1900 y la separación insoluble del istmo, sobre todo, que rompía en dos el destino de la estirpe, respetó a sus mayores con lealtad afectiva, mas hubo de darse a sí misma otras normas de criterio político y de conducta conviviente: sabedora de que la exactitud intelectual no era entonces asequible a sus recursos, como no lo es aún en esta hora universal de turbaciones, en esta etapa esquinera del destino, muy presto,

y muy sabiamente, se decidió por allegarse lo más posible a la exactitud ética, esa sí a su alcance sentimental, a lo menos idealmente.

Con este epítome histórico enmarco espiritualmente al señor doctor Eduardo Putnam Tanco. Cuanto a su profesión y estudios, cursó los iniciales en Bogotá, sede tradicional de su ilustre familia, y los universitarios en la gironcina Burdeos de Francia, durante diez años, si no yerran mis respectivos informes, y consagróse luego al ejercicio de la medicina, de la cirugía especialmente, en la ciudad de Barranquilla, donde vive querido y estimado de todos, gran señor y ciudadano correcto. Le cupo en suerte esa doble estirpe hispano-sajona (y nórdica en general), que entre nosotros se ha mostrado fecunda en hombres de pro e ingenio, a la manera de Rafael Pombo, Jorge Isaacs, José Joaquín Ortiz, Diego Fallon, Tomás Eastman, etc., que enaltecen la nómina de nuestra cultura patria, sin contar que por el lado materno entronca con media docena de próceres; y así, no es raro que siendo él lo que es de suyo y viniéndole, además, de abolengo, nos regale ahora con un libro de clara linfa ideal y nobles intenciones.

*
* * *

Lo ha construído a modo de un diálogo histórico entre medicina y filosofía, indicando a cada momento la mutua influencia que las une y la remota comunidad de su origen.

Afortunada interpretación sin duda, que le conduce fácilmente a revelarnos paso a paso las adquisiciones de una y de otra, y su mérito respectivo, en rápida sucesión narrativa que hace la lectura amena y útil. De mí sé decir ingenuamente que soñé muchas veces con trazar esta historia de la medicina por otro rumbo, a saber, el de la evolución de los instrumentos que le van abriendo lentamente los nuevos horizontes de su hoy dilatado señorío cultural, y que, dígame lo que se quiera, asimismo le han abierto cauces de magnificencia y triunfo a su hermana, en el fondo, y nodriza a veces.

Con efecto, principiando por la mano, el instrumento orgánico por excelencia, del cual todos los mecánicos habidos y por haber son a manera de prolongación funcional, para mejor adaptarse a espacio y tiempo, comprobamos que, de una parte, nos proporcionó el dominio de la naturaleza, con todas las artes y recursos que constituyen la civilización, y de otra, el desarrollo de la mente, para el entendimiento de las cosas, el surgimiento de las ideas y la organización de la cultura espiritual. ¿Acaso no fue ella la que facilitó el uso del fuego, su producción técnica y sus redentoras aplicaciones, una de las bases del triunfo prehistórico del hombre, y medio el más eficaz de enriquecer sus recursos en todo género de defensa y de industria, albergue, abrigo y alimentación inclusive? ¿Y no fue ella, la que con su disposición digital inició al hombre en el número, aún para el cero, que de cuadrado significativo de separación —"sunya": vacío, le llamaron sus inventores hindúes— se hizo redondo y cifra por el giro más fácil de los músculos correspondientes, hasta llegar al estupendo mecanismo de la cibernética? Su capacidad para el dibujo imitativo nos dio, en sucesivas e ingeniosas simplificaciones todos los alfabetos del mundo, desde los mágicos de las cavernas hasta los básicos de Egipto, China, Babilonia y Tartesos, que desde hace cin-

(1) Del prólogo a la obra del mismo título, escrita por el doctor Eduardo Putnam.

co mil años robustecen y educan la memoria de la humanidad y le permiten filosofar de generación a generación y retener su pensamiento.

Y así en serie inexhausta de aplicaciones, día a día más complejas y sutiles, más útiles en bienes materiales y más fecundas para el espíritu, como ya lo dijo Anaxágoras, maestro de Sócrates y padre revelador del "Eter" y del "Nous": "La mano es la que hace al hombre el ser más inteligente de la naturaleza".

Y en viniendo a los instrumentos engendradores de civilización y de cultura, de filosofía y medicina por ende, en proceso tan lógico y sencillo que maravilla el que ocurriese lentamente: del humilde chuzo de madera, de pedernal luego, de varios metales, en fin, emanó el primer instrumento agrícola, que ampliándose en un extremo se hizo hacha, pala, barretón, o en curva, guincho, güinche, calabozo, guadaña, y doblándose en ángulo agudo fue azada, rastrillo, arado, a la postre, de múltiples piezas asociadas. O, en otra dirección, dardo y flecha, daga, espada y cuchillo, lanza y jabalina, tenazas, pinzas y tijeras, navaja y escalpelo, sierra, cepilladora y formón, etc., hasta llegar, afinándose, a la cuchilla de Gillete y al micrótopo de histología.

Del rodillo, trozo de madera que sirvió a los egipcios para el acarreo de las grandes moles con que hace cosa de seis milenios fabricaron sus pirámides, surgió —hacia 2500 A. C. en China, hacia 1500 en Egipto— la rueda para el carro de guerra y de agricultura, para el coche luego, la locomotora y los primeros buques de vapor, más adelante, sin contar aquellos utensilios que, como la rueda, el torno de alfarero, el molino de mano y el de agua, la noria, etc., aparecen espontáneamente en casi todas las culturas neolíticas. Pero cuán lentamente: los relojes de torre se atribuyen al inglés Ricardo Valigford en 1326, si es que no al Papa Silvestre II, a fines del siglo X; los de bolsillo, a Pedro Bell de Nuremberga, hacia 1500, y a Roberto Hoore, inglés, en 1660; la locomotora rueda desde 1804 mediante el ingenio británico de Stephenson y Trevithik; la navegación por vapor y rueda propulsora, se debe a Wat, Jouffroy y Fulton, con el "Charlotte Dundas" en 1802 y el "Clermont" en 1807, la prodigiosa dínamo aparece con Miguel Faraday, inspirado en el danés Oersted, cuando la inventiva de Pacinotti en 1861 y de Gramme en 1870 la industrializa; el automóvil, ese otro prodigio de la rueda, que debe su vida al caucho de los aborígenes americanos, al petróleo manantial de Pensilvania en 1857, al alemán Benz (bencina), que lo aplicó en 1877 a los motores de combustión interna, a Delamare Debontteville, 1883, y a Carlos A. Duryea 1893, sobre todo, que iniciaron el gigantesco automovilismo contemporáneo, amo y señor del mundo. De la rueda, con sus asociados la palanca, el piñón y el manubrio, proceden asimismo la máquina de coser, que Elías Howe inventó en 1846, después de las tentativas industrialmente frustradas, pero técnicamente fecundas, de Tomás Saint en 1790 y de Thimonier en 1830; la de escribir, con Shales y Remington a la cabeza, en 1871 y 1873, respectivamente, y, para corona de este epítome, el telar mecánico que inicia el inglés Arkwright en 1785 y José M. Jacquard perfecciona luego en Lyon.

Todos los portentos emanan de humilde origen: la hélice que triplica la velocidad y decuplica el poder de carga de los buques, desde que fue aplicada a ellos a mediados del siglo XIX, y que capacitó a los hermanos Orville y Wilbur Wright para darnos en 1903 el dominio del aire, otra cosa no es que un par de remos cruzados que giran vertiginosamente en la punta de un eje rotatorio: evolución remota del chuzo y del rodillo aborígenes. La espina de pescado y la púa vegetal, que andando siglos fueron lezna, punzón, alfiler, clavo, etc., requirió

quince mil años de "homo sapiens" para hacerse aguja con el ojo al extremo contrario de la punta, y diez mil más para llevarlo en dicha punta y engendrar la máquina de coser, y sobre poco más o menos para llevarlo interiormente y ser trócar o la aguja tubular con que Wood puso un día la primera inyección hipodérmica mediante la jeringuilla que Charles Gabriel Pravaz inventó en 1851.

Progreso pausado y fortuito: el hierro y el vidrio que habían de fundamentar nuestra civilización, aparecen esporádicamente en Egipto hacia el final del cuarto y del quinto milenio A. C., en su orden, y como en otras culturas, debieron su descubrimiento al azar de fogatas encendidas sobre materiales fundibles, que los revelaron rudimentalmente. El acero carbonífero surgió espontáneo de la fundición del hierro en hornos de carbón, que en el siglo XIV ya facilitaron organizar su industria y en 1856 permitieron a Bessemer meter al mundo en nueva era con el procedimiento que le produce en grandes magnitudes. El titanio, que promete suplantarle ahora y bautizar con su nombre simbólico de titán, otra edad de la grande industria, si es que los aceros magnesianos no le resisten, salió oscuramente de las manos de William Gregor en 1789, anónimo bajo el apodo fugaz de "menaquita", hasta que el alemán Klaproth conoció sus escondites en 1797 y le llamó con signo de orgullo.

¿Y cómo se enlazan estos hallazgos con la ciencia de Hipócrates? Mirémoslo en el vidrio que acabo de citar, siquiera perfunctoriamente: un día, que no sé si corresponde al aquitano Gerberto, o sea Silvestre II, Papa de 999 a 1003, o al "admirable" Rogerio Bacon, quien a lo menos indicó en 1266 algunas de las cualidades de las lentes, o a un proceso anónimo de la inventiva popular, ya que de Nerón se dice que en el circo corregía la cordedad de su vista mediante el uso de una esmeralda a manera de monóculo, un día, pues, los anteojos aparecieron en el mundo. En 1352 ya vese con ellos en su retrato el Cardenal Ugolone de Treviso, primer caso de que se tiene plena certidumbre histórica. Lo que esto significa para la humanidad no requiere discurso: 430 millones de seres humanos los necesitan hoy, más o menos, por defecto natural, y el resto los irán necesitando poco a poco en la presbicia senil y otros achaques.

Al holandés Cornelio van Drebbel (1572-1634) y al italiano Santorio Santorio, colega de Galileo (1561-1636), debemos el termómetro clínico, perfeccionado en 1760 por Antonio de Haen: ¡Y venga alguien a medir la magnitud de sus bienes!

El barómetro corresponde al ilustre Torricelli desde 1643, la fotografía a Daguerre y Nieppier desde 1839, con precedente en Gravesande y Juan Bautista Porta; su hijo gigante, el cinematógrafo, a Edison, en 1891; el utilísimo oftalmoscopio al gran Helmholtz, en 1851; el mágico espectroscopio, que había de regalarnos luego con noticias indefectibles acerca de la composición química de los astros y galaxias más remotas, se debe a Kirchhoff y Bunsen, 1859, y el de rayos X a W. H. y W. L. Bragg, 1912, inspirados en Laue, si no yerran mis datos; y el telescopio que pudo garantizar la previsión de Aristarco y la teoría de Copérnico respecto del movimiento del mundo, y que mediante el enorme reflector de pirex del Observatorio de Palomar en California nos revelará luces nebulares que están viajando desde los confines del cosmos hace dos mil millones de años a razón de trescientos mil kilómetros por segundo, para decirnos si esa es ya la periferia del mundo estéreo-crónico o apenas una etapa de su infinitud... ese, lo debemos a Galileo Galilei desde 1610, ¡con otras muchas cosas!

Y pongo aparte el microscopio, otro milagro de la lente.

Nunca gozó tanto nadie con sus experimentos como Antonio Leeuwenhoek (Leivenjuc, literalmente), tendero al por menor en Delft, Holanda, y portero de la ciudad (1632-1723). Sin haber cursado en ninguna Universidad ni haber leído a Bacon ni a Descartes ni a Spinoza, sin más lengua que su "platt'deutsch" holandés, mantuvo estupefactos a los sabihondos de la Sociedad Real de Londres, cumbre entonces de eruditos y de genios. Hombres como Roberto Boyle, el aristócrata que rompió los falsos fundamentos de la alquimia, precedió técnicamente a Lavoissier, llevó a la realidad las normas imaginativas de Francisco Bacon y, entre otras cosillas, creó la química moderna; o como Roberto Hooke, el malgeniado precursor de la teoría ondulatoria de la luz, de la ley de gravitación universal, de la aplicación del barómetro a la meteorología, del movimiento del péndulo a la acción de la gravedad, del ancla reguladora de los relojes, etc.; o como Isaac Newton... no volvían en sí de la sorpresa al leer las efusivas comunicaciones del autodidacta revendedor de víveres que les informaba acerca de un nuevo mundo de "bestezuelas" invisibles al ojo humano: bacterias, espirilas, protozoarios, hemáticas, espermatozoides, sin que el muy socarrón quisiera decirles cómo era el aparato —¡Microscopio!— que había inventado para agigantar así la imagen óptica.

¡Qué siglo aquel, ese XVII de la Era Cristiana! La cultura occidental nos revela en su curso una a modo de pulsación cuarto o quinto-secular inexplicable, sino como fenómeno alternativo de actividad y fatiga: siglo IX A. C. con Zarathustra, Homero, Hesiodo, el comienzo de la filosofía jónica y primera redacción literaria de la biblia, probablemente, con Salomón no muy distante; el siglo que va desde mediados del V a mediados del IV, también A. C., con Pericles, Empédocles, Hipócrates, Fidiás, Gorgias, Anaxágoras, Sócrates, Aristocles el Platón y Aristóteles de Estagira, Demóstenes, Isócrates, Foción y Esquines, Tucídides y Jenofonte, Eurípides, Sófocles y Píndaro, con Esquilo muy cerca, Parrasio, Apeles, Zeuxis y Escopas... sin olvidar al genio estimulante y perspicuo de Diótima y de Aspasia, de quienes Sócrates oyó discursos imperecederos; luego el siglo de Augusto, de Virgilio y de Horacio, del inteligentísimo Celsio y de Lucrecio Caro, el clarividente, de Tito Livio y Tácito, los Plinius y los Sénecas, un poco adelante, y de Cicerón y del gran Julio, en fin, quien por sí solo colmaría de gloria cualquier período histórico... sin olvidar el ciclo Han de China, ni contar, por redundante, a Jesucristo y a San Pablo, que asoman por la esquina hebrea para partir en dos la historia del mundo; la centuria que abarca a San Anastasio, San Agustín y San Ambrosio, con el Concilio de Nicea, inclusive; la que asiste al primer renacimiento irlandés, con Escoto Erigena, Alcuino, las escuelas Carolingias y el florecimiento de Bagdad, Harún Al-Rashid, Alfredo Magno de Inglaterra y los Abderramanes de Córdoba; el siglo XIII, de los grandes doctores de la Iglesia y primeros ortodoxos suyos, cumbre de la sabiduría medioeval; de Marco Polo y la primera revelación del Lejano Oriente; del orto, en fin, de las literaturas nacionales modernas de Europa, y del Dante, Giotto, Francisco de Asís, etc... y este siglo XVII que asombra mi espíritu y lo confunde.

Mas he ahí que me he descarriado de mi tesis, acerca del prodigioso influjo que la invención de los instrumentos, genial o popular anónima, tiene en el devenir de una y de otra, como ya dije, la medicina y la filosofía: ello es, sin embargo, que no debo seguir adelante, anotando para ésta las concomitancias correspondientes, ni para esotra las aportaciones de la química, de la física y ciencias naturales... porque estoy improvisando a trochemoche un prólogo y no escribiendo obra personal alguna.

Querría, no obstante, decir algo, como inferencia de lo expuesto y augurio verosímil, y es que si ello es así,

a saber, si aquel ciclismo pulsátil de la cultura occidental eurasiática no es mera fantasía de mi desalumbrado espíritu, y la otra hipótesis de que lo instrumental activa el ingenio, puede predecirse que el siglo XXI verá lo imaginable en la marcha del hombre hacia la Divinidad y en el desenlace de todos los enigmas. El tal ritmo histórico hay que compulsarlo con los períodos masculinos y femeninos, matriarcado y patriarcado prehistóricos, principios yin y yang de la cultura china, apolíneos y dionisiacos de la griega, sedentarios y aventureros de todo el mundo, y cotejarlos asimismo con la alternación rítmica de las épocas humanísticas y teocráticas, que tan claramente se delinear desde que existe alguna documentación fehaciente. Cotejarla, compulsarla y sopesarla, además, no sea que obedezca a leyes más recónditas de la naturaleza universal, que no a las muy inteligentes pero frágiles fenomenologías de la superficie histórica que un Vico, un Marx, un Spengler, un Toynbee, entre muchas decenas de pensadores, nos dan por genuinamente eficaces.

Y cuanto a instrumental y cultura, contemplo con santa envidia de las próximas generaciones lo que sus genios realizarán mediante la ayuda de telescopios que recogen mensajes de distancias cuasi extramuros del Cosmos; con la ayuda de microscopios electrónicos que revelan magnitudes moleculares; y de "centrifugadoras" que estas mismas moléculas separan en orden de tamaño, con más de cien mil revoluciones por segundo, permitiendo así, uno y otra asociados, entrar al recinto donde virus y genes, catalizadores y porfirinas esconden el alambique en que destilan el elixir misterioso de la vida. Y los ciclotrones para ir más adentro por las veredas íntimas del átomo. Y la Cibernética, en fin, que calcula mil veces más que un hombre, o un millón de veces más, probablemente.

¡Lo que hará un genio de la abstracción y de la síntesis con lo que estas nuevas armas de trabajo le descubren!

*
* * *

Bueno, bueno... pero el señor doctor Putnam Tanco escogió otro camino, y nos conduce en esta obra por la ruta paralela que filosofía y medicina siguieron en su devenir histórico, y del influjo generativo que la primera ejerce sobre la segunda en muchos casos, si no siempre.

La cultura es unitaria en su esencia y solidaria en todas sus manifestaciones, por lo cual la tesis antedicha resulta evidente. A más de esto, magia, religión, filosofía y medicina anduvieron tan hermanadas y acordes que en su caso aquella vinculación de origen se refuerza hasta la "gemelidad" o "gemelaridad", inextricable a veces.

Y siguiendo ya al doctor Putnam en el trazo de este libro, principio por encomiar su interés por el estudio de la magia aborigen, y de cualquiera otra magia, desde luego. De esa medicina mágica de nuestros indios nos quedaron algunos medicamentos que robustecen hoy la farmacopea universal, como la quina, redentora de ochocientos millones de enfermos que hasta ayer padecían de paludismo; la cocaína que enriqueció el arsenal de los anestésicos; la ipecacuana, alivio de la traidora amibiasis tropical; la zarzaparrilla, aprestigiada de nuevo hoy por sus virtudes tónicas, organolépticas y aún de rejuvenecimiento funcional; los "strichnos", cabalonga, v. gr., tan preciados de brujos y hechiceros, y el curare, que de enherbolar flechas pasó a desentesar músculos contraídos o convulsos; el yajé amazónico alucinador, tenido por causante de telepatías y profetismos; el tabaco, que de las fumigaciones rituales ascendió a hábito universal del hombre contemporáneo; las muchas solanáceas, ricas en hioscina y hiosciamina, desde el tóxico "borrachero" de

los chibchas o "Datura arbórea" y el beleño, enervantes como el cáñamo indio, "hasohich" o "marihuana", de que ahora abusan tanto los alocados, los ociosos y vagabundos, hasta el ají o chile, abundoso en vitaminas y útil como "termógeno", y los tomates de prestigiosa fama entre higienistas y cocineros, la gentil "physalis" o uchuba aborígen, que se da el lujo de frutecer asépticamente en cálices de "celofán" propio, y la papa, que con el maíz, "el caucho" y el cacao bastaría para justificar el descubrimiento de América y enorgullecer la flora del mundo, . . . Imposible seguir el relato e inútil además.

Es interesante, y aquí oportuno anotar, que el hombre contemporáneo ha regresado a la magia de sus remotos abuelos, un si es no es disimuladamente. La técnica actual no es otra cosa que magia "outillée" o "instrumentada" con los recursos de su ciencia, y la filosofía reinante no está muy lejos de copiarle este su gusto atávico. Es porque magia significa algo más que embelecocos de mentalidad "prelógica" y errores en la interpretación del orden causativo de la naturaleza.

El hecho de que ciencia, religión y magia, con filosofía un poco adelante, coexistan en los pueblos primitivos y aún perduren conviviendo hogaño en los más cultos, mueve a los antropólogos a pensar que tales disciplinas corresponden a distintos y aun contrarios departamentos —vamos al decir— de la personalidad, cuando quizá sólo sean jornadas de la conciencia del hombre, que evoluciona esclareciéndose por choques de la realidad ambiente y sondeos suyos. La coincidencia de esas funciones parece innegable: en la misma Biblia, el relato del pecado original, las virtudes del árbol y el discurso seductor de la serpiente son de tipo mágico. Ese árbol de la sabiduría aparece también en la cultura persa con el nombre de Geokarena y da pie a escena equivalente, si acaso Esdras no la introdujo, y es el mismo del gracioso folklore universal, jugoso en leyendas infantiles, sin que yo intente con ello llamar infantil lo del Génesis. La vara con que Aarón derrotó tantas veces al Faraón Amenhotep II y a los sacerdotes de Amón, y la serpiente de bronce del desierto, son de pura magia. En Moisés o Mosché ben Amram, hijo adoptivo de Bithia (?) o Thermutis (?), josefita egipcio, si no egipcio en parte, tenemos la actitud y la altitud religiosa al lado del magismo aaroniano, preferido de su gente y casi indestructible: "¡Oh Israel: tu alma es más miserable que tu esclavitud!". Años adelante, este eximio conductor de pueblos dio el paso definitivo del Jehovah sináutico a la deidad una de Elohim, como el egregio Amenhotep IV, Ikhnaton o Akhenaten, dos siglos después, lo dio en Tell el Amarna cuando quiso barrer, literalmente, el alud de amuletos, talismanes y geniecillos mágicos de su Egipto idólatra, e implantar a Aten o Aton (¡como se quiera!) por Dios universal indefectible:

.....
*"Oh Dios único, cuya omnipotencia
 Otro ninguno tiene:
 Tú que formaste la tierra a tu deseo,
 Cuando estabas solo;
 Hacedor de la semilla en el hombre
 En cuanto padre,
 Y creador de todo germen de mujer
 Que engendra hijo,
 Y de ese hijo que así engendra y produce"*

según palabras, traducidas un tanto a topa tolondro, pero bastantes a indicar el pensamiento suyo.

Apartándome respetuosamente de mis maestros en este grave asunto de etnología, antropología, sociología, y de filosofía por ende, tengo para mí que religión y magia,

se distinguen progresivamente con el lento esclarecer de la "consciencia" o conciencia intelectual del hombre. Porque ésta es su excelstitud y su tragedia infinita a la vez: ser consciente.

A la verdad, mientras no descubramos informes fidedignos de otra entidad del mundo que conozca y piense, el hombre es la única conciencia de ese mundo, es la conciencia del Cosmos que por ciencia y filosofía, por magia y religión, o por mera contemplación estética, lo hace suyo, apartándose de él y en él sumiéndose, amándole con terror y acompañándolo en la infinita solicitud de sus lejanas lumbres.

Y a la vez autognosia, conciencia de sí, que lo separa de toda otra entidad y lo coloca, diminuto como es, en ecuación con la infinitud ambiente, angustiándolo así con la visión de ser tanto sin poder permanecer siéndolo.

De ahí dos caminos para equilibrar su pequeñez consciente con la grandeza oscura de las fuerzas en que vive: de un lado, entregándose a ellas rindiéndose a su insondabilidad, y asociándose con ellas mediante el conjuro de sus recónditas virtudes, magia, pues, hechicería, astrología, fetichismo, animismo o naturismo, en una palabra, por donde captar y cautivar las defensas que ambiciona o requiere.

De otro lado, acogerse a un ser superior a la naturaleza, a un ser creador y dominador del mundo, Dios oyente y omnipotente, lo que vale decir, a una liga espiritual, "ligare", "religare", religión, que lo ampare providencial y paternalmente.

Empero, la magia no es quisicosa o fruslería de aborígenes y de hordas. Por algo subsiste. Por algo se la ve levantar la cabeza bajo múltiples disfraces en nuestro mundo supercivilizado y demoníaco o astrológicamente, y aún técnicamente, sentarse a manteles con sabios y poderosos, hasta con déspotas de ambición ecuménica. . . y crecida copia de taumaturgos insolventes. La ciencia misma, que nos alejó del magismo ingenuo con sus leyes de estricta, constante y verificable causalidad, otrora inflexibles, nos va hogaño metiendo más y más en la abscondida entraña del sér, y poco a poco haciéndonos compenetrar con Naturaleza en otra magia, esta vez ineludible. En un "gene" —la palabra es del danés Johansen desde 1911 y los estudios más instructivos de los norteamericanos Demerec, Thomas Hunt Morgan y Wendell M. Stanley, etc.— hay misterios espirituales; y en el "quantum" o cuanto —la iniciativa corresponde a Planck en 1900 y el desarrollo a miles, entre otros, Einstein— se oculta la objetivación del mundo.

Las cosas que son, por algo fueron: lo mágico y lo religioso, lo demoníaco y lo divino han andado siempre codo con codo en el hacinamiento de todas las culturas, y posiblemente surgen paritariamente de esa ley de los contrarios, que atrás dije pertenecer filosóficamente a las lucubraciones de Heráclito y de Hegel, pero que en realidad surge de más remoto origen. Etimológicamente "dios" y "diablo" tienen raíz común, y en todas las religiones los dos principios del bien y del mal actúan paralelamente, o se deriva el uno del otro: Yahweh creó a Luzbel, Hades y Zeus son hijos de Cronos, en el Ramayana lucha el divino Rama contra demonios hostiles, y para los Vedas Bramah y Siva se oponen. Entre los persas —Parsa o Airiyana: tierra de los Arios— esto fue llevado al máximo contraste con los nombres de Ormuz o Ahura-Mazda (de Mazdao, gran sabiduría) y Ahriman, o sea Angra-Mayñu, Angro Mainyush (espíritu destructor), dioses rivales que informan el Mitraísmo y luego se meten al Cristianismo con los Maniqueos, dejando estela conceptual que aún subsiste. Hoy día la religión marcha bajo la égida de Dios y la magia emparienta

El mismo Esculapio, o para mejor decir, Asclepios, divinizado luego por gratitud, fue sin duda personaje real del siglo XIII A. C., pues Homero cita a dos hijos suyos, Macaón, cirujano, y Podalirio, médico general o "internista", como ahora se dice, y sabemos desde las investigaciones de Schliemann que Homero es verídico. Queda la duda de si fue el tesalio de la Iliada o un lápita de Argólida, ya que el Santuario de Epidauro y su remoto parentesco con Hipócrates abonan esta última suposición. Dicha historicidad no sorprende, pues muchos otros médicos antiguos merecieron la apoteosis, como el celta Belenus, de cuando Europa se llamaba aún Céltica, el chino Yopu-ong Cho-Said, el egipcio Imhotep, hijo de Etah, gran Visir del Faraón Zoser, de la tercera dinastía, hacia 2980 A. C., estadista y médico técnico, y quizás también el "Airyaman" de los arios más remotos.

Es que cuando Hipócrates vino al mundo, ya habían pasado muchas civilizaciones: La Egea cretense, con dos milenios de lustre y firmes avances en higiene y buen gusto; la del Egipto superior, donde Athothis, hijo de Menes, escribió de Anatomía 4000 años A. C.; la de Caldea inferior o Heptarquía de Kalda, con los estados-urbes de Kish, Lagash, Larsa, Ur, etc., que cuando salió Abraham, 200 años antes de Cristo, ya tenían su vieja cultura semita de dos o tres milenios de antigüedad, con templos y palacios de noble estilo y sistemas de riego para aprovechar las aguas del Eufrates (que eso significa: Ufrato, Purattu, de Puru: agua) y del Tigris, entonces vecinos suyos, desviados luego, con ruina consiguientes para ese grupo de civilización. Más impresionante se nos revelan los informes acerca del Hipócrates chino, Hua-Tu, de los tiempos de Cristo, si es verdad que hizo laparatomías, enteroanastomosis y aún intervenciones en el corazón, con anestesia de "Cannabis Indica", si es verdad que conoció y aplicó la organoterapia, y si es verdad, en fin, que supo de yatría química o yatroquímica, como el uso del hierro para las anemias, el del arsénico y del azufre para las dermatosis, el del mercurio, etc., anticipándose así en mil quinientos años al belicoso Paracelso.

Sino que todo esto es un poco vago, legendario a veces, tradicional si mucho, y en parte lo que pudiéramos decir "ágrapha dógmata" o "ágrapha doxa", que no le facilitaría al doctor Putnam llevar estrictamente el paralelo con las filosofías correspondientes, y así, conceptúo muy discreta su actitud de atenerse al periodo histórico y a la cultura occidental.

*
* * *

Y de tratar solo o muy principalmente, de los zapadores y guías técnicos, de los que ahora decimos "pionner" a la inglesa, y fastidiosamente mal, "pioneros", ya que "pioneer" es por etimología y en verdad, "peón delantero": lo que vale decir, de aquellos que abren en la historia de la medicina nuevos rumbos, pues la nómina de los descubridores de detalles y de los especialistas en manipulación, resultaría agobiadora e inútil.

Ello es, sin embargo, que la medicina recibe orientaciones y recursos de todas las ciencias y las artes, así parezcan remotas a su función específica. Ya dije lo mucho que debe a los físicos de todas las edades, y aquí cabe observar su vínculo con la botánica, no sólo por la farmacopea y la farmacodinamia, sino por la fisiología y la genética. Hombres como el holandés Ingen Hous, que observó la respiración vegetal, como Nehemiah Grew descubridor del sexo de las plantas, como Carlos de Linneo, clasificador de ellas por su estructura floral, como Mendel (1866) y de Vries (1903) observadores de su conducta genética y de sus cambios, como el ruso Iwanowsky (1892), iniciador del estudio de los virus vegetales que

habían de revolucionar la patología y aun conmover los fundamentos de la teoría coloidal del protoplasma, que Thomas Graham estableció desde mediados del siglo diez y nueve, abriendo a la vez campo a fecundas hipótesis acerca de la posible similitud de tales virus con los genes, cuanto a que sean algo así como genes errátiles o genes "cimarrones", por decirlo en lenguaje más expresivo y familiar: en todo caso, elementos iniciales de la vida, que mediante la acción catalítica de algunos metales, hierro, magnesio, cobre, etc., según se ve en las prodigiosas funciones de la hemoglobina y la clorofila, cuya base química sintetizó Hans Fischer (premio Nobel de 1930), son como el arco toral en la arquitectura de los seres vivos. Emparentados, por otra parte, con los bacteriófagos de D'Herelle, los hormonas (u hormonas, según el uso corriente), que Bayliss y Starling nos aclararon en 1902, y las vitaminas (este bello nombre les dio Casimir Funk), con que Charles Hose, Eijkmann, Gowland Hopkins, etc., iluminaron nuevos mundos a la filosofía y a la higiene de 1890 adelante.

Si a esto añadimos la revelación de los antibióticos, o antimicrobianos, como sería mejor decir, penicilina, v. gr., de origen vegetal igualmente, se entenderá hasta donde la botánica nos importa en sus relaciones con el mundo médico.

Todo lo cual me confirma en la tesis de que la cultura, y con ella la medicina, avanza con cada instrumento que adquirimos. Así se descubre patentemente en la historia de la química, sin la cual no daría, ni habría dado nunca, un paso la medicina moderna. Ni qué digo la moderna: Abu Bakr-Al Razi fue el mejor terapeuta químico de la Edad Media, y Jabir de Bagdad (776 D. C.) se mostró el alquimista máximo de esa misma era. Sin Boyle, Lavoisier y Van't Hoff no entenderíamos jota del metabolismo del cuerpo humano; Gassendi, desde el punto de vista filosófico, y Dalton, Berzelius, Mendeléyev... desde el químico, hacen del viejo atomismo, una tesis invicta, que adelante, fundidas ya física y química en cuerpo de doctrina armónica, habría de llevarnos a las radiaciones de Conrado Roentgen y de Enrique Becquerel, a los electrones de Johnston Stoney (quien les dio el nombre en 1891) y de J. J. Thomson (quien los midió y pesó en 1897), así consolidando la visión de Lorenz (de la misma fecha) y trayendo a nuevos mundos ese substrato de la realidad que Tales de Mileto entrevió en el ámbar (elektron) y William Gilbert denominó electricidad, piedra clave del mundo, que hoy se codea con el espíritu en las funciones del cerebro humano.

Esa química que suministró los colorantes para la obra fecunda de Golgi y de Ramón y Cajal, nos dio también la terapéutica de los arsenicales polivalentes, de las sulfas biostáticas y el milagro de los hormonas sintéticos, que defienden la vida, la exaltan y prolongan útilmente.

*
* * *

Mas ya sería indiscreto proseguir la contemplación del panorama universal de la cultura. Regresando al estudio del doctor Putnam, me permitiría dos leves acotaciones marginales, que no empecen el mérito de su libro: La una acerca de Paracelso y de Vesalio, la otra sobre Avicena y Maimónides.

Tanto el germanosuizo como el germanobelga son guiones de la medicina en el Renacimiento, sino que yo tengo para mí que el segundo, Vesalio, fue más equilibrado, más técnico y eficiente: con el danés Jacobo Winslow (1667-1760) y el francés Javier Bichat (1771-1802) organizó la anatomía moderna, y sin anatomía no hay fisiología posible, y sin fisiología la medicina es punto menos que rutina y ceguedad. Paracelso pudo ser más beligeran-

te, más universalista y conceptualista, pero aún agarrado a la Edad Media por la alquimia, las lucubraciones esotéricas y el simbolismo.

De Avicena y de Maimónides convendría anotar dos o tres aspectos esenciales. En primer plano, la bisagra cultural que representan; en segundo, la eficacia de su obra; en tercero, el mérito en sí de sus conocimientos. El uno árabe, Ibn Sina; judío el otro, Moisés ben Maimón (o Moseh ben Maimon), ambos fueron hombres de jerarquía y gran prestigio oficial.

Le cupo en suerte a Avicena vivir en Bokhara, estuario entonces de tres o cuatro culturas ilustres y disímiles. Situada entre el Oxo y el Yaxartes, en una cuenca hidrográfica que mucho tiene que ver con los orígenes de los grandes pueblos arios de la antigüedad: Mada o Medos, Parsa o Persis, Parthava o Partos, Bactriana o Bajtri, Haraiva o Ariós propiamente dichos que emigraron a la India hacia 1600 A. C., y tal vez no distante del núcleo vernáculo de Hititas, Eslavos y Griegos, por la época de Ibn Sina (979-1037) era centro de helenismo, parsismo, arabismo y judaísmo a la vez, bajo la gobernación del Sasánida Nuh ibn Mansur, de quien nuestro hombre fue nada menos que Gran Visir. Genio, sin duda, a los 10 años de edad conocía los clásicos árabes, y los griegos poco adelante, llegando a ser a los 17 médico ilustre. Vínculo entre oriente y occidente, entre Grecia, además, y los europeos medioevales, sus libros fueron texto de consulta para muchas generaciones, y así, el aplauso del doctor Putnam Tanco es más que justo, sin que yo me detenga en los pecadillos de concupiscencia que él le liquida muy puritadamente, pues los tales corresponden en buena porción a su estirpe y a su ambiente geográfico, como se descubre en Omar Khayyam o Al-Khayyami, en Las Mil y Una Noches, etc.

En cambio, soy un poquito más entusiasta por Maimónides, el hebreo-árabe (1135-1204), cuya tumba aún visitan en Judea muchos peregrinos de Oriente. Que fue médico, de gran prestancia nos lo dice el que lo fuera de Saladino, Sultán de Egipto y Siria, poderoso y acaudalado de recursos, astuto y hábil. Ocupa además el primer puesto entre los rabinos de su época, y puede hoy decirse que contribuyó a la información filosófica de los grandes escolásticos del siglo XIII. Ni qué se diga de su influjo en el pensamiento moderno a través de Spinoza, su hermano en persecuciones y en estirpe.

Ante lo que ocurre hoy en el mundo, y muy principalmente en nuestra patria, cuántas veces he recordado el título de su obra fundamental "Guía de Perplejos", y deseado que alguien nos escribiese una así para estas nuevas generaciones ultraperplejas, que no saben qué hacer con el destino del hombre.

Prueba de su ingenio superior es la Plegaria del Médico que nos legó en hora bendita, y que por suya, lleva el título de "Juramento de Maimónides". Como las mejores piezas de la oratoria universal: ¡El sermón de Jesús en el Monte Galileo!, el elogio a Atenas de Pericles, el discurso sobre las Armas y las Letras de Don Quijote, la oración de Lincoln en Gettysburg, la invocación de Renán ante la Acrópolis, el panegirico de Bolívar de Choquehuanca... y que se yo más, es media página a lo sumo, tan lapidaria y precisa que los conceptos aparecen desnudos en la voz, reverberando en su propia esencia, a la manera de dardos cenitales del espíritu.

Traducida dice:

"Llena, oh Señor, mi alma de amor por el arte y todas las criaturas.

"No permitas que ambición de lucro o sed de gloria influya en el ejercicio de mi profesión, porque los enemi-

gos de la verdad y de la caridad pudieran engañarme fácilmente con ello y alejarme del noble deber de servir a los que tú hiciste. Sostén la fuerza de mi corazón para que siempre esté pronto a curar al rico y al pobre, al amigo y al enemigo, al bueno y al malo, acordándome tú que sólo vea al hombre en el que sufre.

"Que mi espíritu permanezca lúcido a la cabecera del enfermo, y que nada le enajene de su experiencia o de la ciencia que le enseñaron sus maestros, porque son grandes y sublimes las nociones que tienden a conservar la vida y la salud de tus criaturas.

"Dáme serenidad e indulgencia para con mis pacientes, así sean rudos o caprichosos, y haz que yo perdure moderado en todas cosas, pero insaciable en el amor de la sabiduría. Aleja de mí el orgullo de excesivo poder y, antes, concédeme fuerza, voluntad y ocasión de ensanchar infatigablemente mis conocimientos, porque si el arte es ilimitado, el espíritu del hombre avanza siempre".

Inspirada en el augusto juramento de Hipócrates, que el doctor Putnam cita y encomia oportunamente, la depreciación de Maimónides sube a mayor universalidad y a idealidad más sublime, y creo que en esta hora sea más que nunca urgente recitársela a estas nuevas generaciones del hombre, tan afligidas y perplejas.

Conturbado por este atardecer del alma nacional y estas sombras, he seguido minuto a minuto el eclipse de lo que amé y de lo que añoro aún. Infortunadamente, cuanto he hallado en mi estudio indica que lo acaecido entre nosotros no es accidente fortuito ni trastorno remediable ni veleidad de hombres confusos, sino ominosa mutación de esencias morales, sino revolución e incógnita.

En 1948 hubo en Colombia grave y tumultuaria transgresión de las normas, que en su inmensa catástrofe me reveló que nuestro cristianismo era litúrgico solamente y nuestro patriotismo confuso y frágil, que el centro de gravedad de nuestra conducta, en fin, no estaba en la personalidad del hombre común sino en la adjetiva administración del orden.

Aquello fue para mí el choque moral más doloroso de la vida y la derrota de todos mis estudios. Mi queja lo dijo públicamente, pero mi queja no me alivió el alma del soterrado dolor de la incertidumbre. Yo había orgullosamente proclamado en América tantas cosas diferentes acerca de las virtudes esenciales de mi pueblo, que esta insolencia de mis palabras se me hizo hiel y consternación irremisible.

¿De qué origen, sobre qué bases, hacia qué rumbo? En mis estudios del Cristianismo, de los cuales soy muy devoto, había llegado a concentrar su espíritu en ecuación ideológica que fuese como su quilate supremo o esencia icástica, que reza así: "La exactitud moral es a la exactitud mental, como Jesucristo es a su Iglesia", lo que vale decir: "El precepto es al concepto, como la verdad (Jesucristo) es al orden social (su Iglesia)". Hipótesis mía de trabajo, sin duda, y mero esquema, pero que me garantizaba el poder deducir que si de esa ecuación se suprime uno cualquiera de los términos, el Cristianismo se desploma: el concepto, el precepto, la verdad de Cristo o la realidad de su Iglesia; y como yo veía en el movimiento que estoy analizando la eliminación del precepto o "exactitud moral", concluí, como ya lo dije, que el Cristianismo había sido derogado entre nosotros.

Mas no de improviso ni a ciegas, ni atolondradamente: Un año después el gentilísimo ciudadano que regía la república y la había guiado en ese cauce, recibió del máximo órgano cultural pontificio en Colombia el título de doctor "Honoris Causa", precisamente en Jurisprudencia, como quien dice, en justicia, con asistencia, anuencia y elogio del Excelentísimo Señor Nuncio de la Santa Sede.

Era, pues, revolución, repito, pero de mayor abaradura que un episodio nacional colombiano. Yo bajé la cabeza: entidades de aquella magnitud moral e intelectual eran, y son, irrecusables para mí, y me propuse en mi fuero interno aguardar serenamente a que el mensaje íntimo de aquella revolución fuese revelado, como debe serlo y lo será muy presto sin duda.

Sino que mientras eso ocurre, los que aún no disfrutamos de él tenemos que continuar viviendo con las normas milenarias de nuestros mentores: Esas por las cuales el doctor Putnam escribe esta obra de oriente idealista, y esas por las cuales yo le añado la "Plegaria de Maimónides": "Acuérdame, Señor que yo no vea en el que sufre sino al hombre"; "Aleja de mí el orgullo de excesivo poder, y antes, permíteme ensanchar mis conocimientos".

*
* *

Razones poderosas asisten al doctor Putnam para no incluir en su estudio el derrotero colombiano de la medicina, que, por otra parte, es casi generalmente uniforme con el de todos los pueblos latinoamericanos, excepto leves discrepancias de fechas o de prestigio.

En primer lugar, porque aún no ha alcanzado el eximio nivel de guión en ninguna de sus tareas fundamentales, y él tiene que atenerse a esta norma para poderla comparar con la filosofía; en segundo lugar, porque a nosotros filosofía y medicina nos llega aún de prestado, son de esencia foránea en casi todo.

Lo cual no significa, sin embargo, que yo acepte o prohíje el juicio peyorativo que los europeos tienen de la aptitud iberoamericana para la obra cultural propia, que arrebatado escritor italiano alborotó de nuevo hace pocos días: Condiciones de coloniaje primero y de economía luego, prolongaron nuestra incipiencia en los magnos negocios de la cultura superior, y fenómenos ineludibles de lo que hoy se llama "transculturación" retardaron el progreso autóctono. Y algo más, que yo he presentado ahincadamente como tesis de la sociología colombiana, y es, que los grandes y fecundos movimientos culturales surgen de pueblos que tienen en un momento dado la responsabilidad histórica del espíritu, y nosotros apenas ahora vamos llegando a esa posición de responsabilidad, que Colombia otro día perdió, ¡cuando nació!

En puridad de verdad la medicina americana aborígen desapareció en el choque de la conquista ibérica, y ello fue lástima grande, porque en ciertos ramos había logrado buenos triunfos: Basta contemplar las maravillas de la iconoplastia nosológica del Perú, para mediar los dones de observación y de expresión que distinguían a los indios de esa región, por otra parte más avanzados entonces que los europeos en asuntos de organización social económica, o las referencias que poseemos a la farmacopea botánica de los mejicanos. Esas dos culturas andaban en el siglo XV de nuestra era en un proceso de espiritualización similar al de Akhenaton de Egipto en el XIII A. C., inclusive en algunas artes, como la poesía y la arquitectura, y sorprende mi ánimo el que no hubieran descubierto aún los decisivos instrumentos de la civilización, la rueda, el vidrio y el hierro, v. gr., y sólo me lo explico a medias por la fatal carencia de animales domésticos, que les facilitarían unos recursos y les sugiriesen otros.

Luego estuvimos sujetos a la medicina española, paupérrima desde el siglo XV hasta fines del XIX, que nos mantuvo en deplorables condiciones técnicas, pues nombres como Servet, Gimbernat y Mutis eran "rara avis" en la Península: Desde García Fernández, el médico que acompañó a Colón en 1492, hasta Alvarez de Auñón, el primero que vino a Colombia en 1579, corren 87 años; y de ahí a Juan Bautista Vargas, el primer graduado en Bogotá, en presencia de Mutis, pasaron dos siglos, y aun en 1794, cuando ya la ciudad tenía 21.000 habitantes, el gallego Honorato Vila era su único médico (¡a cuarenta centavos la visita!), pues Mutis no ejercía la profesión y el ilustre Miguel de Isla apenas comenzaba el ardua tarea de instruirse en este asunto.

De ahí que al iniciarse la vida independiente de la república y hasta mediados del siglo XIX, nuestra profesión estuviese en mucha parte servida por médicos extranjeros, venidos de Inglaterra y Francia, sobre todo, algunos muy prestantes. La lista es larga, pero la gratitud nacional impone el deber de mencionar siquiera algunos: Alejandro Próspero Révérand, Niniano Ricardo Cheyne, Pedro Pablo Broc, Eugenio Rampon, José Blagborne, Bernardo Daste, Lucio Davoren, Juan Francisco Arganil (?), Francisco Ambarberg, William Jervis, Hugo Balir, Sebastián Prat, Salvany y Lleopart, Francisco Antommarchi...

Ya en el siglo XVIII habíamos recibido a Juan José Cortés, graduado en Montpellier hacia 1765, a Pedro de Euse, francés asimismo, en 1746, y al portugués Manuel Ignacio Froes en 1790, como ocurrencia exótica, que es justo no pasar inadvertida, y habíamos tenido en 1760 a José Celestino Mutis, el protoprócer de la cultura colombiana, a quien nunca dejo de nombrar reiteradamente en mis estudios.

Entre los nacionales de la escuela del Padre Isla y de la Facultad de Medicina fundada en 1827, descuellan Joaquín Quijano (a quien corresponde la primera tesis de medicina publicada en Colombia), José Fernández Madrid, José Félix Merizalde, Miguel Ibáñez, Vicente Gil de Tejada, Sebastián López Ruiz, Benito Osorio, etc., pues ya para mediados del siglo había unos ciento setenta médicos inscritos en la república.

En la segunda mitad del XIX nuestros galenos estudian en Francia o van a ella en solicitud de más amplios conocimientos, y con el poderoso auxilio de la nueva Universidad de 1867, y de la estupenda facultad de Ciencias Naturales, que aparece poco adelante, la medicina nacional gana buenos nombres: Liborio Zerda, Andrés Posada Arango, Manuel Uribe Angel, Evaristo García, Juan de Dios Carrasquilla, Rafael Rocha Castilla, Antonio Vargas Reyes, Nicolás Osorio Ricaurte, Andrés María Pardo, Wenceslao Sandino y Groot, Juan David Herrera, Pablo García Medina, Juan Evangelista Manrique, José María Lombana Barreneche, Josué Gómez, Juan B. Montoya y Flórez, Avelino Saldarriaga, Jorge Enrique Delgado, Carlos Esguerra... Hombres de estudio y cumbres de honorabilidad.

Algunos de ellos fueron mis maestros: ¡Dios los bendiga, como mi memoria los bendice! A Carlos Esguerra y a Rafael Ucrós debo favores, enseñanzas y estímulo que no cancela el tiempo ni la muerte destruye. Esguerra fue varón de recia estructura mental, perito y ecuánime, progresista y patriota, amable y pulcro, como su estirpe, como su prole —¿y por qué no decirlo?— como la esposa admirable que le iluminó con dotes de gracia espiritual y fina inteligencia la vida hogareña y empresas difíciles. A Ucrós, quien pertenece al ilustre grupo universitario siguiente, el de Roberto Franco, Pompilio Martínez, etc., debemos magisterio de pulcritud profesional, normas téc-

nicas en cirugía moderna, que el progreso posterior no obscurece, y en el servicio público, visión de patria justa y generosa.

Durante la media centuria que acaba de extinguirse, la medicina colombiana desvióse a Norte América, sobre todo después de la primera guerra mundial, pero ya balbuce su lenguaje propio en la obra de unos cuantos profesores egregios, que la guían y enaltecen, y a quienes no nombro porque todos los conocemos en Colombia.

*
* *

¿Cuál fue la paralela filosófica de esta evolución de nuestra medicina nacional? Sin espacio ya para decirlo críticamente, anotaré en resumen que el movimiento filosófico colombiano, en realidad discreto y adjetivo, viene cursando su inquietud en doble posición ideológica: A las doctrinas y criterio del "Peripato" que imperaba aún a fines del XVIII y principios del XIX, opusieron algunos próceres y letrados el nuevo espíritu de la "Filosofía Natural", que, con fe y sin fe religiosa, tenía fundamento racionalista, luego la escuela utilitarista de Bentham, el sensualismo de Condillac y Desfutt de Tracy, y aun al benévolo eclecticismo de Víctor Cousin. Hacia mediados del siglo nos llegó Balmes a reforzar la débil trinchera de la Escolástica obsolescente y a convivir con algunos maestros más que, como Bossuet, de Maistre, de Bonald, etc., gozaban de prestigio. Balmes fue para nuestros abuelos conservadores de 1849 baño lustral de inquietudes y un baluarte oportunísimo: aunque secundón en el palenque filosófico europeo, está a la base de nuestra conformación política en aquel su momento decisivo.

Aparecen a continuación, de un lado, el positivismo, con acompañamiento, a grande orquesta, de la ebullición cautivadora de las ciencias físico-químicas y naturales, y de una estupenda reverberación de nuevas disciplinas; y del otro, los llamados "movimientos" culturales de Oxford, de Roma y de Lovaina, vigorosos y sinceros.

El presente siglo nos abrió puertas y ventanas a la universalidad, y conocimos, de ambas canteras filosóficas, lo mejor del mundo, y —como en la medicina— iniciamos labores de expresión propia.

*
* *

¡Y no más!: Excuse usted, señor lector, la prolijidad de esta presentación, que no quería fuese mayor de tres páginas, pero que la seducción del tema me la hizo llevar adelante y llamarla "atrio", y no prólogo o prefacio, porque ya casi me impone la amplitud propia de un libro.

El doctor Putnam va a guiarlo a usted a través de las relaciones históricas y consubstanciales que existen entre la medicina y la filosofía, y ya es justo que usted disfrute de este bien con que él nos honra y regala. Yo intenté, de mi parte, destacar el mérito causativo de los instrumentos en la evolución de la cultura, pero temo no haber logrado cumplir satisfactoriamente mi propósito, y aun temo más: no haber señalado las exageraciones posibles.

Porque lo instrumental puede conducirnos, como ya ocurre, a un crecimiento monstruoso de la forma sin esencia, de lo meramente exterior de la cultura, con detri-

mento del espíritu, a la manera que algunas especies animales sucumbieron por excesivo desarrollo de lo mismo que pudo serles más útil: El esmilodonte, v. gr., o tigre de las cavernas, adquirió colmillos tan largos al fin, que ya le impedían tarascar o atarazar la presa, y un no sé qué me dice que el hombre contemporáneo va por ese rumbo...

Obras como la presente, de intención idealista, contribuyen a hacernos meditar en aquel peligro y otros muchos. Nos devuelven, además, el grato comercio de los grandes pensadores de toda época y varia estirpe, para así reformar lo que en nosotros sea conveniente, según la admirable intuición del viejo Homero: "Soy parte de todo lo que he conocido".

Además de esta justa por el ideal dignificante de la especie que bulle en cada línea de este libro, el doctor Putnam aboga por el regreso a la síntesis de los conocimientos, encarnada en Hipócrates, contra el desmenuzamiento analítico de tipo galénico, en que tan peligrosamente nos dispersamos hoy día y casi casi nos estamos diluyendo: Es la vieja pugna filosófica entre inductivos y deductivos que dio margen a la revolución de Bacon contra la incontenible sutilidad de la Escolástica.

Contemplando este problema con mesura y justicia, pudiéramos decir —y ya se ha dicho— que ambas actitudes son provechosas dentro del límite de sus funciones esenciales. El análisis descubre pormenores de composición y de operación que la síntesis interpreta en la armonía de los conjuntos. El análisis es polimático, como la actual civilización, y la síntesis, categoremática por excelencia. El uno conduce al tecnicismo, la otra a la arquitectura filosófica. El análisis, pues, trae civilización, y cultura la síntesis, pero no con dilemática pugna, allá en el fondo sino con dialéctico ejercicio de una más recóndita misión del espíritu.

Dos ejemplos nos corroboran este punto de vista: Los chinos distinguían ciento dos variedades de pulso, en un análisis impertinente prolijo, que el esfígmómetro —columbrado por Santorio desde el siglo XVII— nos reduce a dos minutos de observación hoy día; las funciones del cerebro fueron desmenuzadas analíticamente, desde cuando Aristóteles supuso que sólo era una esponja de refrigeración hasta la fisiología de los núcleos y circunvoluciones, de los neurones y fibras de asociación en que nos asfixiábamos hace medio siglo, para venir a parar, mediante el concepto de solidaridad de todas sus partes, en una armonía de funciones, tan lúcidamente enunciada por Sherrington: No podría, pues, uno preterir ni la una ni la otra escuela, pero sí atemperar las dos en el álveo preciso de su aprovechamiento. Es lo que ocurre ahora con las vitaminas, que desde la pelagra y el beriberi y demás trastornos de carecimiento suyo, nos desbocamos en una epopeya de letreros, que hace del pobre público un farmacólogo angustiado. Y sin embargo ¿quién niega la realidad de que existen? Y sin embargo, ¿quién niega que la alimentación común y corriente bastó al hombre para subsistir durante el millón de años que lleva de adquisiciones y respuestas, de derrotas y de triunfos?

Mas el hecho subsiste: hay que hacer regresar el péndulo a la consideración sintética del mundo, del hombre y de la vida. Y hay que "idealizar" un poco a esta generación cinematográfica y darle un rumbo, algún rumbo... porque somos, si pese a nuestro orgullo, una generación perpleja.

LUIS LOPEZ DE MESA